

Más allá del reino

Adrian Reyna T.



Image not found.

Capítulo 1

Más allá del reino

I. El velo rasgado

Antes de ti y de mí, cuando el sol era el tiempo, en un lugar de rojos amaneceres, hubo alguna vez un reino. En el viento se respiraba aun el dolor de una guerra concluida hacia ya muchos años, el miedo seguía fresco en las personas.

Ahí entre tanto sufrimiento, nació una niña. El destino le dio una mirada que te hacía recordar el café de un roble bañado por el atardecer, y la piel de un color lleno de vida, a diferencia del pálido rostro de sus padres. Elizabeth fue el nombre que le dio el rey, su padre.

Como pocas personas elegidas por la vida, Elizabeth nació con un deber que ella jamás imaginó. Mucho más que su responsabilidad de algún día gobernar un reino, el camino del tiempo la llevaría a una misión contradictoria al modo de vida que su padre la sometió. Y es aquí donde comienza su viaje.

En un rincón del cuarto más cuidado en el palacio del rey Amadeo II, la futura princesa se sentaba a pasar sus días en historias de libros, los cuales eran su única manera de conocer el mundo. Elizabeth pasó su vida recluida tras las paredes de la protección de su padre, quien ordenó que jamás se le dejara poner un pie fuera del palacio real. Los deseos del rey eran apartar del mal que existía en el mundo a la tan joven princesa, para que ella nunca conociera el sufrimiento y dolor, así pasó su infancia y creció ajena mundo real.

La luz tocó la puerta de los habitantes del reino, un nuevo día había llegado. La princesa se encontraba en su habitación sumergida en libros sobre ciencias y números, cada día procuraba nuevas lecturas ya que ella, siendo ya una joven, anhelaba saberlo todo. A pesar de jamás haber visto amanecer en otro lugar que no fuera su habitación, ella buscó crecer en el conocimiento que estaba a su alcance.

Esa mañana Elizabeth no se sentía satisfecha. Dio vuelta a la última página del libro y lo terminó por segunda vez, cuando el libro realmente le gustaba lo leía hasta cuatro veces.

Sin embargo ese día no se sentía llena con lo que había leído, ya conocía la mayoría de los libros que estaban a su alcance en la biblioteca del palacio y su naturaleza curiosa siempre buscaba más.

Elizabeth caminó por los largos pasillos del solitario lugar, hasta llegar a su amado mundo de libros, siempre encontraba algo nuevo que leer a pesar de conocer bien gran parte de las lecturas que ahí había, y ese día fue a dar con algo especial. En el fondo del cuarto, en uno de los últimos libreros encontró un libro diferente. Todos los libros estaban cuidadosamente acomodados por tamaños, géneros e incluso algunos por colores, sin embargo la princesa encontró este libro cubierto de polvo y de un tamaño que desentonaba con el orden de los demás de la repisa.

El libro cautivó completamente la atención de Elizabeth, ella sin dudarlo lo tomó y cuidadosamente escondió entre sus vestidos ya que algo le hacía sentir que lo que estaba por leer no debió haber sido encontrado, su cubierta oscura y con polvo era muy diferente a lo que había visto.

Por los corredores se escucharon los pasos de un gran número de personas y rápidamente la princesa se dirigió al salón principal. El gran Amadeo II hacía su entrada seguido de un gran número de personas, su hija le veía desde lo alto de un balcón y notaba que quienes lo seguían tenían un semblante diferente a lo que había visto, y que buscaban paz en las palabras del rey. El viejo consejero real y mano derecha del rey, ordenó a las personas irse y esperar que la palabra real llegara a ellos en su debido tiempo.

¿Qué pasa con las personas del pueblo?- Se escuchó a lo alto la voz de la princesa y el rey levantó la mirada a su hija. –Nunca habías dejado que entrara nadie a los salones reales.

Su padre le sonrió.

Las personas del pueblo están algo emocionadas -dijo el rey- Hoy se enteraron de que se acercan las celebraciones del reino. El semblante de la joven brilló de emoción. ¿Este año podre verlas?- preguntó alegre a su padre.

El tiempo lo dirá- Respondió el rey.

Entusiasmada, Elizabeth se fue a su cuarto y su padre la veía irse, ella le traía un respiro de la presión que sobre él caía en ese momento. En tanto, Cornelius el consejero real, esperaba para continuar con los asuntos reales.

Nos espera un día tedioso con los miembros del consejo, señor. –Habló Cornelius buscando agilizar el tiempo.

¿No te acuerdas a ella?- Preguntó a su consejero, mientras aun veía a su hija irse.

¿Señor? –Le cuestionó su sirviente, intrigado al ver el rostro de su rey.-
Disculpe usted señor si soy irrespetuoso al preguntarle esto, pero ¿No
será tiempo ya de que la señorita Elizabeth, usted sabe, conozca un poco
más?

Hasta que mi vida me lo permita voy a protegerla.- Respondió firmemente
el rey.

El rostro del ya anciano Cornelius entristeció al escuchar esas palabras.
¿No es lo correcto? – Preguntó molesto el gobernador del reino al ver la
desaprobación de su sabio consejero.- Dime, ¿No es el amor la fuerza más
poderosa?

Hay fuerzas más incondicionales que el amor- Respondió sabiamente a su
señor.

¿Pero que puede ser más intenso que mi deseo de protegerla?- Interrogó
el rey.

Su miedo a perderla- Respondió el anciano.

El rey lo miró molesto.

Tenemos cosas que hacer.- Habló molesto el padre de la princesa,
mientras caminaba dejando atrás a su consejero.

Recostada en su cuarto, Elizabeth miraba la cubierta llena de polvo de su
recién descubrimiento. En su título decía "Naturaleza Muerta", palabra que
la princesa solo había llegado a leer alguna vez.

La joven conocía el significado de las palabras como "muerte", "dolor",
"sufrimiento"; pero para ella no eran más que ficción, no tenía idea de que
las personas realmente morían ni sufrían. Alguna vez sintió dolor, sin
embargo no sabía que eso era el sufrimiento.

En sus libros, cuyos contenidos eran verificados por sirvientes del rey,
había leído algunos de estos términos pero ahora se encontraba con una
lectura que le abriría las puertas a ese conocimiento. Así, ella tomó el libro
y comenzó a ojearlo.

"Esta es la entrada al ARAXEN, quien está dispuesto a entregarlo todo por
poder sea bienvenido. El despertar del mundo está cerca, quien deja atrás
su naturaleza no sentirá más temor ni angustia. Conócete y conoce al
mundo, porque él te conoce a ti.

Deja una parte de ti, no hay retorno a la inocencia."

La mente de la princesa daba vueltas, había palabras que ella jamás había encontrado en ninguno de sus libros. A pesar de no entender algunas palabras, ella se dio cuenta de que tenía en sus manos algo oscuro, algo que le producía un sentimiento desconocido, la princesa sintió miedo. La mayoría de las páginas del libro habían sido arrancadas, ¿Qué habría en ellas que no querían que nadie leyera?- se preguntaba la joven Elizabeth.

Mantuvo su libro oculto, a pesar de que solo tenía la visita de su padre y sirvientes, hacia todo lo posible por mantener su lectura fuera del alcance de cualquiera. Por las noches, cuando no lograba conciliar el sueño, volvía a las páginas de ese misterio que no dejaba de acosarle el pensamiento.

Debido a esto, la curiosidad de la princesa fue en aumento hasta el punto de generarle nuevas ideas, pensamientos que brotaron del miedo que había nacido en su corazón. ¿Qué hay allá afuera? ¿Por qué no me es permitido conocer? ¿De qué me quiere esconder mi padre?

La mente de la joven no pudo soportar más el deseo de ver más allá, y esto la llevó a buscar la manera de salir.

Ella nunca había sido tan aventurera como para pretender salir del castillo, simplemente sabía que no debía hacerlo, es por eso que le fue sencillo lograr pasar desapercibida y llegar hasta el único cuarto de la planta baja del palacio, el cual tenía una ventana lo suficientemente grande para atravesarla y cerca del suelo para salir a salvo.

Así, aquel día tomó el valor necesario y al fin salió sin problemas de la amorosa celda en que su padre la había tenido durante tantos años.

Y alzó su mirada a los montes y vio como el sol los pintaba bajo un cielo tan azul que ningún libro podría haberle mostrado a la princesa. Escuchó como las aves rompían el viento con sus alas mientras bailaban con tal alegría entre blancas nubes. La princesa se arrodilló y con una sonrisa en el rostro, alzó sus manos al infinito sintiéndose tan grande como jamás se había sentido.

Elizabeth abrió sus ojos y se dio cuenta de que había caído dormida cuando se recostó en el suave césped a ver el día pasar, volteó la vista al palacio, sabía que tenía que regresar a su hogar. En su corazón había un gran conflicto, deseaba no volver y seguir disfrutando de estas nuevas sensaciones, sin embargo no podía hacer eso ya que temía de la ira del rey y del castigo que caería sobre ella si su padre se enterara.

De regreso en el palacio, la joven pretendió ante sus sirvientes y su padre que la aventura jamás había ocurrido, mas su corazón seguía en constante cambio. Aquella que volvió al palacio ya no era la princesa que

salió.

Los días continuaron su curso y cada tarde la joven buscaba la oportunidad de volver a salir y sentirse parte del mundo exterior, pronto se volvió una necesidad para ella y no tardó en buscar más, cada vez se alejaba un paso más del reino y de la protección de los sirvientes de su padre. El velo de ignorancia que tantos años cubrió sus ojos, había sido rasgado.

En tanto, el rey se ocupaba de importantes asuntos en reuniones con el consejo de los cinco sabios mayores.

Capítulo 2

Más allá del reino

II. La lluvia, el muro y la escalera al cielo

Habían pasado algunos meses desde que en el pueblo volvieron a crecer los rumores -“los Grandes, habían vuelto”- decían las voces entre los habitantes. Se hablaba sobre un joven el cual desapareció bajo circunstancias bastante extrañas, y así como él, ocurrieron repetidos incidentes de desapariciones e incluso se mencionaron posibles casos de muertes.

El consejo de los cinco sabios mayores estaba compuesto por los políticos con más trayectoria y aptos para orientar al rey en sus decisiones más importantes. Una agrupación de élite que con sus vastos conocimientos en todo tipo de ciencias, buscaban el bien para el reino y sus habitantes.

Rodeado de los cinco ancianos, cubiertos en túnicas oscuras y en un salón bajo una luz tenue, se encontraba el rey. Los sabios hablaban de un plan para acabar de una vez con las abominaciones que acechaban la vida del reino.

Las voces continúan propagando el miedo como un virus -exclamó el rey, buscando la salvación en palabras de los cinco.- Si lo que se dice entre los habitantes es verdad, entonces debemos estar listos para el regreso de los Grandes.

Uno de los sabios alzó desde las sombras su voz. -No pretendemos que el reino espere tranquilamente que lo Grandes regresen del exilio y ocurra una segunda “Noche roja”.- Habló el anciano sentado en la esquina derecha.

Díganme ustedes -respondió el rey- ¿Como evitamos otra guerra?

No la evitamos -dijo con voz fuerte el sabio del centro.- Nosotros la comenzamos.

El alma del rey escapó de su cuerpo al escuchar tales palabras.

Los siete sellos- Exclamaron a plena voz los cinco.

El rostro del gran Amadeo II palideció y sintió como un temor le recorrió el cuerpo al pensar en los siete sellos y recordar “La noche roja”. El rey salió de la sala y buscó estar apartado un momento para pensar.

Cornelius veía lo débil que se sentía su señor y compartía su dolor, así también fue a buscar paz en su religión, sus dioses y su fe.

Esa noche un fuerte viento atacó los hogares del reino, en tanto en el palacio las mentes de todos divagaban en sus respectivos tormentos morales.

La princesa continuaba combatiendo su naturaleza curiosa que le pedía más y más cada día. Mientras en la recámara real el rey daba vueltas por el cuarto, meditando las palabras de los sabios y las consecuencias que estas implicaban. Así, velando por él se encontraba Cornelius quien notaba la debilidad del rey.

El azul de un frío amanecer envolvió el lugar y muy temprano la princesa salió a recibirlo, luego para el medio día, el cielo había perdido su color azul y ahora era un gris cubierto de tristes nubes. Elizabeth caminaba por las regiones más alejadas del palacio, cuando las nubes sobre ellos dejaron caer su llanto y mojaron el incoloro atardecer del reino.

Una gota calló sobre el hombro de la princesa, ella alzó el rostro y sintió por primera vez la lluvia en su cuerpo.

La lluvia pronto se tornó violenta y la joven ya había perdido su camino para regresar a su hogar, entonces corrió sin rumbo fijo, solo buscando un lugar para sentirse segura. El rugir de los truenos alteró sus nervios y eso la llevó a la desesperación, así su ciego camino la condujo al lugar que tanto temía, el pueblo.

Los rostros con ese miedo grabado en ellos, hogares sin color y las calles que no llevan a ningún lado. Como quien rompe un espejo de un golpe, aquel que rasga las cortinas para cruzar a las tinieblas; así fue el despertar de la princesa en una tarde de incertidumbre que terminó con ella perdida en medio de la gente que ahí habitaba, estaba sola entre personas.

Desde las ventanas del palacio, el rey admiraba como las gotas del cielo cubrían sus dominios y recordaba aquellos días en que gozaba de caminar por las calles del pueblo.

La madre de Elizabeth, la reina, tenía gustos muy peculiares y se podría decir que hasta excéntricos, entre ellos caminar por el pueblo en la época de lluvias. Los dos reyes paseaban por sus dominios como cualquier persona del pueblo, y Amadeo veía tal belleza en su esposa cuando su rostro mojado volteaba a verle y con una sonrisa le recordaba todo el amor que sentía por ella. Ahora el solitario rey Amadeo veía caer sus recuerdos por la ventana, y la sombra del recuerdo de su esposa lo hacía

extrañarla y sentirse tan vacío, tan débil.

El húmedo olor de la tierra nos hace sentir que las gotas caen en nuestro corazón. ¿No viene la lluvia a llevarse nuestros dolores? No, ni el fuerte viento puede mover a la más sólida tristeza.

La princesa caminaba entre los charcos del desconocido nuevo mundo al que se había adentrado, con temor daba frágiles pasos esperando encontrar un lugar para sentirse segura y ahí resguardarse hasta que la tempestad pasara. En las calles las personas corrían buscando refugio, mas algunas no tenían a donde ir, y Elizabeth vio ahí la verdad del mundo. Las personas soportaban el frío bajo débiles techos, inseguros de saber si podrían lograr soportar el diluvio que estaba azotándolos.

Sus pasos la llevaron a recorrer los lugares más tristes de los dominios de su padre, ahí donde parecía que sus dioses se habían olvidado de ellos.

Y la princesa llegó hasta el límite de su camino. Ante ella se alzaba un muro tan alto que pretendía dividir el cielo y vio ahí una escalera para subir, pensó que quizá si lograba llegar lo suficientemente alto podría ver el camino para regresar a su hogar, además que tenía curiosidad de que podría encontrar allá arriba. Así Elizabeth comenzó su ascensión.

El rey por su parte, no tardó en notar la ausencia de su hija, a pesar de haber estado sumido en los recuerdos de su esposa no olvidaba a su querida princesa. Se llevó una sorpresa al visitar su cuarto y darse cuenta de que Elizabeth se había ido.

La lluvia cesó y pasó un día mientras la princesa seguía su camino hasta la cima del muro, tomaba descansos ya que era un trabajo muy pesado subir tantos escalones. El hambre y la sed también la acosaban, sin embargo si decidía regresar ella no tenía idea de cómo conseguir comida y además terminaría perdida, por lo que la opción más sensata para ella era seguir subiendo.

Mientras tanto, en el pueblo ya se había comenzado la búsqueda de la princesa. El rey movilizó a sus guardias y sus tropas para encontrarla, sin embargo nunca pensó que Elizabeth, quien jamás había salido del castillo, hubiera podido llegar hasta el muro límite del reino, por lo que ordenó comenzar por buscar en las aéreas cercanas.

Cada minuto que pasaba, el miedo del Rey crecía y poco a poco le nublabla la cordura. De igual manera cada minuto la joven subía un escalón y eso le permitía ver una parte más del reino.

Al comienzo alcanzaba a vislumbrar las casas cercanas, luego su visión aumento algunas calles, hasta que podía distinguir a algunos kilómetros de distancia ya que no había arboles ni obstáculos que obstruyeran su

vista.

La princesa se sintió salvada cuando a lo lejos pudo observar tropas y hombres del rey rondando por el pueblo, pensó que bastaba con simplemente acercarse y ordenarle a uno de ellos que la llevaran con su padre para que todo esto quedara como un mal recuerdo. Sin embargo cuando se disponía a bajar pudo ver a los enviados de su padre interrogar a un hombre que se encontraba frente a su casa, se alcanzaba a distinguir que la persona respondía con una negación al guardia y esto no le agradó. De pronto la tropa que rodeaba ese lugar irrumpió en la casa de aquel hombre, éste fue golpeado y su casa saqueada.

Elizabeth no podía creer lo que había visto, los mismos encargados de cumplir las órdenes de su padre y de cuidar el reino, actuaron como criminales. Ella subió más escalones y encontró que las tropas del rey estaban por todos lados haciendo lo mismo, causando temor.

Así la princesa llegó hasta el final de la escalera, y bajo ella el reino de su padre se mostraba tal cual era. Al fin pudo ver el camino que la llevaba hasta el palacio real, sin embargo no encontró el que la llevaba a su hogar.

El rey se encontraba lleno de frustración, la ira y la desesperación lo llevó nuevamente a los pies del consejo, donde los cinco sabios le juzgaban por su incompetencia. Su hija había desaparecido hacía ya casi dos días y la mente del gran gobernante se tornaba cada vez más inestable.

¡Los siete sellos! –alzaron la voz los sabios, reiterando la posibilidad del apocalíptico plan definitivo. Tu hija se ha ido –dijo el sabio sentado en el centro y la voz líder- puedes seguir esperanzado a encontrarla o puedes afrontar la realidad, la causa de su desaparición es la misma que atormenta tu reino, levántate y sé un rey para tu pueblo.

Convencido de las palabras de sus guías, Amadeo II se encomendó al plan definitivo para acabar con los Grandes de una vez por todas, el plan de los siete sellos, una limpia para los males del reino y las puertas a un mundo sin temor.

Sin darse cuenta, el rey no solo combatía el miedo de su gente, sino que buscaba terminar con el temor que crecía inconscientemente en su corazón y la ira que comenzaba a brotar en él.

Hubo un tiempo en que la incertidumbre era algo ajeno en las personas, cinco reinos unidos como uno solo. La vida entonces era sencilla y en las personas se dibujaban rostros de paz, un rey poderoso se encargaba de velar el sueño de los habitantes de su único dominio. Sin embargo el poder y la ambición lo llevaron por oscuros caminos y en él comenzó a brotar un sentimiento de inseguridad que buscó combatir mediante

medios inadecuados, poderes que jamás llegó a comprender. Y ahora la historia volvía a su anacrusa.

La vida, es un ciclo que estamos condenados a repetir quienes existimos sin darnos cuenta, aquellos que caminamos a ciegas y cargamos con un estandarte de temor. Si nuestras manos dejaran caer los sentimientos a los que nos aferramos y camináramos sin vendas en los ojos, veríamos un nuevo mundo, uno tal cual es, infinito.

Con débiles pasos y a escasos minutos de caer desmallada, Elizabeth vio por primera vez. Desde la cima del gran muro la princesa lo entendió todo, el mundo y el cielo estaban divididos, la dualidad de la vida se presentaba ante ella en su máximo esplendor. El reino tras ella, fundado bajo la idealización de una utopía y ejemplificando todo lo bueno que existe en el mundo; y frente a Elizabeth, un mundo que le fue negado, la imagen del sufrimiento y el mal en la mente de cualquier persona del reino. Dos fuerzas tan solidas y opuestas, pero a la vez tan ambiguas.

La princesa avanzó hacía el desconocido territorio que le abría sus puertas, con un gran esfuerzo logro bajar al otro lado del muro y vio su desértico paisaje, su cielo tan oscuro y sintió su aire tan frío. Entonces se dio cuenta que no era un lugar tan extraño para ella, quizá antes lo hubiera sido, pero en su corazón ya había estado ahí.

Entonces la princesa se arrodilló, y con las pocas fuerzas que le quedaban alzó la mirada al cielo como buscando a alguien, luego observó todo el sufrimiento que le rodeaba y lloró como jamás lo había hecho, sus lágrimas bajaban rasgando su rostro con dolor. Después desmayó.

Capítulo 3

Más allá del reino

III. Los Grandes

¿Es esto lo que llaman la muerte? –se preguntaba Elizabeth quien poco a poco abría sus ojos, desorientada y con la tan brillante luz del sol sobre su rostro.- Así es como debe sentirse, cuanta paz.

Se levantó y trató de entender donde se encontraba, había despertado sobre una especie de cama hecha con extrañas pieles de animales, sin embargo esta era más grande de lo habitual, en ella cabrían fácilmente tres o cuatro personas de la estatura de Elizabeth. Al ver a su alrededor entendió que había despertado en una especie de cuarto, uno demasiado grande. Las paredes eran de piedra, sin colores, y sobre ellas imágenes y figuras semejantes a guerreros pero pintados con cuerpos desproporcionales en comparación a los de las personas del reino.

Se escuchó un fuerte golpeteo, la princesa rápidamente volvió a la gran cama y escuchó que este sonido era el de unos pasos con gran fuerza. Una puerta enorme se abrió y entró al cuarto un ser con una apariencia que Elizabeth jamás había visto o llegado a imaginar. Su rostro era algo sin forma, su piel de un color rojizo y a la vez oscuro. Este ser poseía unos fuertes y largos brazos, sus manos llegaban a tocar el suelo, y su estatura estaba fuera de lo común.

La joven pretendió seguir inconsciente, sin embargo veía a la enorme criatura que se alzaba frente a ella, Elizabeth temblaba de miedo. El enorme monstruo rápidamente se dio cuenta que la princesa se encontraba despierta.

¿La pequeña despertó? –le preguntó con una voz fuerte y temible, sin embargo en un tono amable.

La princesa no respondió, solo temblaba y lloraba mientras pensaba que el extraño ser la atacaría.

La pequeña no debe tener miedo –dijo tranquilamente la criatura- Mlor no va a matarte. Entonces ella abrió sus ojos y lo vio claramente, era tres veces su tamaño y sus brazos no eran proporcionales con el resto de su cuerpo. El enorme monstruo bajó y se puso sobre sus rodillas para poder estar a la altura de la pequeña, ella lo veía con gran asombro y temor. ¿Morí verdad? –preguntó Elizabeth mientras sus ojos comenzaban a llenarse de lagrimas de nuevo. ¿Muerte? –respondió intrigado el ser- Hace

mucho que nadie muere aquí, la pequeña estaba dormida y cansada. La joven se dio cuenta de que él hablaba de una manera extraña y de que no estaba muerta. La criatura se levantó y salió del cuarto mientras le indicaba sutilmente que lo siguiera.

La princesa caminó por largos y grandes pasillos de lo que parecía una cueva, de no ser porque el techo del cuarto tenía una gran entrada para el sol, ella hubiera creído que se encontraba bajo tierra. Atravesó la oscuridad de los mal iluminados pasillos y nuevamente el sol hirió sus ojos.

Al acostumbrarse su vista nuevamente a la luz, observó que se encontraba en una especie de aldea o civilización. Por todos lados había criaturas como la que se acercó a ella y parecían vivir armónicamente entre ellas. Los enormes seres vieron a Elizabeth y se vieron atemorizados, ella vio que le temían.

Una criatura se acercó a ella y la princesa rápidamente lo reconoció. ¿Qué es aquí? ¿Quiénes o qué son ustedes? –preguntó la joven muy confundida. El monstruo la miró y le sonrió con una extraña mueca. La pequeña tiene muchas preguntas –dijo el ser- para saber quiénes son los Grandes, la pequeña primero debe saber quién es ella.

Yo soy Elizabeth -dijo la princesa, quien comenzaba a acostumbrarse a la criatura. Mlor es Mlor -respondió el monstruo- el Primero está esperando a la pequeña. Entonces el Grande guió a la joven hasta las respuestas que buscaba.

El lugar donde se encontraban estaba lleno de verde y de árboles a diferencia del desértico y deprimente paisaje que la princesa encontró al bajar del muro. Por todos lados las criaturas que se denominaban Grandes, interactuaban en unidad, algunos se dedicaban a trabajar en la construcción de los grandes cuartos mientras otros preparaban herramientas que parecían utilizadas para cacería.

Elizabeth junto a su compañero llegaron hasta un cuarto apartado y diferente a los demás, se sentía una calidez al entrar al lugar. Atravesaron algunos pasillos hasta que llegaron a lo que parecía un altar, ahí encontraron una criatura semejante a los Grandes, sin embargo deteriorada y sin mucha movilidad debido a su clara y visible vejez.

Entonces era cierto, Primero –dijo Mlor al enorme anciano.

El día llegó Mlor –respondió el viejo ser.

¿Qué día?- Interrumpió la princesa, ansiosa de respuestas y frustrada por no entender nada.

Capítulo 4

Más allá del reino

IV. La noche roja

El Primero rió al notar las ansias que tenía la joven de que le explicaran que estaba pasando. Entonces el Grande en el altar le pidió a Elizabeth que se acercara a él para saciar su sed de saber, estiró su larga mano sobre la pequeña y con un dedo tocó su frente.

La mente de la princesa fue abierta y pudo ver el mundo tal cual era, entró en un especie de viaje mental que la transportó años atrás, donde le fue mostrado un reino en paz y un rey con tanto poder como temor.

Elizabeth observó como aquel gobernante a pesar de tener el poder de un reino poderoso y unido, tenía miedo de perderlo. Eso le llevó a la búsqueda constante de un poder superior, el cual encontró en un forastero del reino quien dijo conocer la manera de crear seres capaces de protegerlo de cualquier persona o ejército que buscara atacarle.

El rey guiado por su inseguridad aceptó escucharlo y sin dar conocimiento a nadie le proporcionó en secreto las herramientas para que el forastero le brindara tal poder. Así fueron creados los Grandes, criaturas al servicio del rey, los cuales el gobernante no reconoció como creación suya, sino que dijo llegaron de lugares lejanos y no explorados aún por las tropas reales. El pueblo les acogió como parte de ellos hasta el punto de verlos como algo natural, estuvieron bajo órdenes reales durante algunos años.

Lo que ignoraba el poderoso rey era que el forastero quien creó a sus poderosos sirvientes lo había engañado, realmente era un poderoso hechicero conocedor de magia proveniente de un arte oscuro llamado ARAXEN. Tales conocimientos le permitieron al hechicero despojarse de su naturaleza humana y poder utilizar materiales especiales para crear vida. De esta manera engañó al gobernante para que le fueran brindados los recursos y terminar sus abominables seres.

El hechicero puso su naturaleza humana en sus creaciones para que estas tuvieran libre albedrío y conciencia propia, para que así se volvieran parte del reino y llegado el momento los volvió marionetas para pretender tomar el control del reino.

Aquella noche se tiñó de rojo por tanta sangre derramada, por todas partes los Grandes comenzaron a atacar a las personas del pueblo, casi la mitad de los habitantes murió esa noche. De inmediato el rey ordenó

atacar a los demonios gigantes que se habían tornado en contra de quien había ordenado su creación.

Una guerra fue desatada y los hombres del rey no pudieron contra la fuerza de los Grandes, sin embargo el control del hechicero se fue debilitando hasta que los seres retomaron su conciencia. Fue en ese momento que las tropas reales acabaron con los gigantes quienes se reusaron a atacar y buscaron replegarse a las afueras del reino.

Al terminar el ataque de los Grandes, ellos fueron culpados de la masacre, así el pueblo jamás tuvo conocimiento del hechicero, el cual fue asesinado por el rey tras encontrarlo tratando de escapar del reino, nuevamente como un forastero.

Del ocultista traidor solo quedó un libro el cual fue encontrado por el gobernante. En estos escritos se encontraba el arte del ARAXEN, el cual hablaba de siete sellos profanos con los cuales se podía tomar control total de la mente de los Grandes.

Después de "la noche roja" el reino fue dividido en cinco y un muro se alzó en el reino principal. Para poder seguir teniendo una relación con los demás gobiernos, cinco sabios de cada lugar fueron elegidos para integrar un consejo imparcial y que ayudara a guiar al reino que lo necesitara.

El poder de los siete sellos se había perdido con el libro del hechicero y el pueblo aborreció a los Grandes, quienes siguieron habitando en el exterior de los reinos esperando el día de volver y ser aceptados por las personas.

Tú eres esa esperanza, niña –dijo el Primero a la princesa- yo vi la noche caer, pero sabía que el día de volver llegaría, el momento en que las personas se acercaran a nosotros y tuviéramos su perdón.

Elizabeth entonces entendió todo, el mundo era claro ahora para ella. Aceptó habitar entre los Grandes y conocerlos para que llegado el momento, guiarlos hasta su retorno al reino para buscar la aceptación. Así conforme pasaron los días, la princesa cada vez fue entendiendo más quién era y cuál era su propósito.

En tanto pasaba el tiempo, su padre que yacía sumido en un trastorno y ya había perdido la razón, ordenó la caída del muro y dio comienzo el plan de los siete sellos, las tropas reales salieron de los dominios y se acercaba el momento del ataque definitivo para terminar con los Grandes.

La princesa se encontraba con Mlor caminando por la aldea, a ambos le gustaba salir a ver cómo caía el sol, se sentaban en la piedra más alta y esperaban a que el gran círculo rojo bajara lentamente hasta dejar la

tierra en penumbras.

¿La pequeña hacía estas cosas en su casa?- preguntó Mlor a la joven.

Solo lo podía ver desde una ventana en mi cuarto –respondió Elizabeth- Pero no se compara a esto.

Mlor volteó a verla, intrigado. ¿Acaso los colores no son los mismos en todos lados? -preguntó nuevamente la criatura.

Los colores son iguales –dijo la joven- pero la soledad te hace verlos diferente.

Ya no estás sola, pequeña –hablo el gigante mientras le sonreía- Mlor está contigo.

Al escuchar estas palabras, Elizabeth se sintió tan feliz que lagrimas salieron de sus ojos. ¿Por qué llueve en los ojos de la pequeña? –preguntó triste, el ingenuo Mlor.

Porque tengo un amigo –dijo sonriendo la princesa- y solo tuve que abandonar mi mundo para encontrarlo.

Así, ambos se recostaron y esperaron a que la luna saliera a iluminar su noche. De pronto un sonido rompió el silencio de las estrellas, Mlor se puso de pié y alzó su mirada para ver a lo lejos hombres formados como un ejército avanzando rápidamente y cruzando el cielo estrellado en busca de su batalla final.

Capítulo 5

Más allá del reino

V. La segunda noche roja

Elizabeth sabía que su padre jamás ordenaría que un ejército de tal magnitud avanzara en paz, esto no significaba otra cosa que un ataque. Rápidamente ambos bajaron a la aldea a advertir a los Grandes sobre el peligro, buscaron la dirección del Primero para saber qué medidas tomar, sin embargo las palabras de éste fueron pacíficas y pidió no responder violentamente. La aldea esperó en paz la llegada de sus atacantes, sin embargo Elizabeth no aceptaba lo dicho por el Primero.

El rey ya se preparaba para llegar y arrasar a la aldea que se veía a lo lejos. A mitad de la noche avanzaron hasta llegar y entrar a los dominios de los Grandes, donde la princesa vio llegar al hombre que alguna vez fue su padre.

Los Grandes decidieron no poner resistencia, esperaron abrazando la violencia de los hombres del rey quienes entraron con fuerza y comenzaron a matar uno a uno a los gigantes. La noche volvió a tornarse del rojo de aquellos años y el espíritu de aquel rey corrompido había tomado al gran Amadeo II, quien no reconoció a su propia hija al verla a lo lejos escapar con las criaturas.

El rey recorrió la aldea la cual comenzó a arder, luego llegó hasta el altar donde el Primero se encontraba esperando su destino. El rey se acercó hasta la ya vieja criatura y con su espada atravesó su frágil corazón mientras el primero de los Grandes exhaló un último "Me equivoqué" para caer al sueño eterno.

La ira se apoderó de la aldea de los Grandes al ver tal hecho, entonces enfurecidos decidieron responder violentamente al ataque de sus viejos amigos quienes los desterraron, y la verdadera guerra comenzó. Los poderosos gigantes a pesar de ser rebasados en cantidad por los hombres del rey, empezaron a ganar terreno.

Las débiles tropas no eran rivales para el poder de estos seres que fueron orillados a perder el control.

Fue en ese momento en que el gobernante del reino jugó su última carta, la cual obligó a su siervo Cornelius preparar, entregándose por completo a

los oscuros caminos del ARAXEN no solo ofreció su naturaleza como sacrificio, también entregó por completo la vida de su siervo para así poder tener total control de los siete sellos y de los Grandes.

De inmediato el ataque de las criaturas se detuvo y todos los gigantes cayeron bajo la autoridad de Amadeo II, quien les ordenó matarse entre ellos. Cumpliendo con la profana y demente orden del rey, los gigantes comenzaron a eliminarse violentamente entre ellos. Sin ningún remordimiento las criaturas se despedazaban con sus propias manos, despojándose entre ellos de sus extremidades y atacándose con lo que tuvieran al alcance.

Mlor escondió a Elizabeth en uno de los cuartos más alejados de la aldea antes de que la parte más sádica de la batalla se desatara y su amigo se fue a defender a su pueblo.

Elizabeth volvió a donde había comenzado, obligada ser apartada del sufrimiento y encerrada para ser protegida, mas ella se cansó de ser la débil princesa y salió a enfrentar a su padre. Ella caminó entre la sangre y dolor, observó como los Grandes perdieron el control y se aniquilaban entre ellos, el sueño del Primero de volver al reino se había ido para siempre.

De entre la violenta noche el rey vio salir a su querida hija.

¡Padre! –Gritó la joven a su padre- ¡Haz que esto se detenga!

Su padre lleno de cólera le respondió- Tú estás con los grandes, eres como ellos.

¡Soy tu hija! –Le dijo con gran dolor.

¡Eres asesina como ellos! –Le gritó al fin el rey- ¡Mataste a tu madre!
¡Debiste quedarte encerrada en el palacio!

La princesa enmudeció y quedó congelada al enterarse de tal cosa, cayó herida de dolor.

Capítulo 6

Más allá del reino

VI. Eterno retorno

Todo se había perdido, a Elizabeth le fue quitado todo aquello en lo que creía. Y fue en ese momento en que se alzó frente a ella Mlor, envuelto en odio, poseído por el espíritu del rey. Ella no tenía la menor intención de salvarse, en la princesa no quedaban ganas de vivir, no tenía ya a nadie. Al fin, la criatura alzó su mano para matar a su única amiga.

Entonces Amadeo vio en el suelo a la pequeña que tanto protegió, indefensa y a punto de perder la vida. Él recordó aquel momento en que la vio por primera vez en sus brazos y al ver su inocente rostro pensó que era todo lo que le quedaba en el mundo. Algo volvió a nacer en el corazón de aquel rey tan confundido. El padre de Elizabeth alzó un grito de dolor al cielo, pues sintió que perdía el control de los siete sellos y recuperaba su naturaleza al ver a su hija en tal situación de peligro.

Entonces el gigante detuvo su golpe y se dio cuenta de lo que estaba haciendo, luego desmayó. El rey corrió rápidamente a su hija que yacía en el suelo, la abrazó y se disculpó con ella tantas veces como le fue posible, pero nunca pudo perdonarse a sí mismo.

A pesar de haber recuperado la cordura, la guerra ya había cobrado a sus víctimas. La mitad de los hombres del rey había muerto y la otra mitad se encontraban heridos, los Grandes por otra parte no corrieron tan buena suerte. De los gigantes que aun quedaban con vida era solo cuestión de tiempo para que sus heridas acabara con ellos, Amadeo II había logrado exterminar a los Grandes, excepto por uno.

Todos regresaron al reino, que esperaba con ansias ver a su rey victorioso.

La princesa abrió sus ojos, se encontraba en su viejo cuarto, sentía no haberlo visto en años. Se levantó y recorrió nuevamente los pasillos del palacio llenos de nostalgia, recordó aquellos días en que los libros eran su mundo, tantas cosas habían cambiado en ella. Entonces recordó a su amigo y rápidamente fue a buscarle.

Elizabeth irrumpió fuertemente en la sala real, preparada para enfrentar a su padre quien se encontraba frente a la ventana observando el reino.

Amadeo volteó a ver a su hija.

¿Dónde está? –Preguntó su hija firmemente- ¿Qué le hiciste?

El rey sonrió- Tu amigo está bien, debe estar descansando en el jardín.

Esas palabras sorprendieron a Elizabeth y rápidamente se dirigió al encuentro del gigante. Salió del palacio y ahí estaba Mlor alimentándose de frutas y comidas que le llevaban los sirvientes del rey. La princesa corrió a abrazar a su amigo, al verse se alegraron y al mismo tiempo entristecieron al recordar todo lo que perdieron. Tras pasar un tiempo, el padre de la joven hizo todo lo posible por permitir la existencia del Grande en el reino.

El gobierno cambió mucho en los tiempos venideros, sin embargo el miedo aun no abandonaba el reino y el rey propuso a los otros cuatro gobiernos dispersos volver a unirse como en los tiempos de gloria, pero aun así no era aceptado del todo ya que en el reino principal aun habitaba aquella criatura que seguía causando gran controversia. Como petición de los cuatro reyes para unirse de nuevo, era necesario acabar con el último de los Grandes. Al enterarse de tal cosa, la princesa enfureció y su padre compartió su sentir, sin embargo Mlor aceptó entregarse con tal de que reinara la paz nuevamente, de todas formas él ya se sentía sólo sin su familia. Así volvió, por su propia voluntad, a irse del reino, prometiendo a Elizabeth encontrarse algún día y siempre llevándola en su corazón.

Antes de ti y de mí, cuando el sol era el tiempo, en un lugar de rojos amaneceres, hubo alguna vez un reino donde una princesa llegó a ser reina y gobernó sabiamente por muchos años. Siempre esperando el regreso de su viejo amigo, el cual aún vaga por el mundo hasta nuestros días.